

Nacionalismo y patriotismo: el opio de las masas

Via [International Viewpoint](#)

Decir que la República de Sudáfrica ha estado enfrentando una crisis de imagen interna durante la última década de los años «post-apartheid» sería decirlo suavemente. La abrumadora actitud nacional ha sido el desafecto a la clase política. Esta clase está formada por un gobierno incompetente y un conjunto de partidos de la oposición cuya propia mediocridad ha hecho que todo el sistema electoral parezca a muchos inútil.

El país está incapacitado por un largo fracaso en el tratamiento de los problemas estructurales y sociales que han empañado la experiencia democrática. La mala gestión de estas cuestiones es evidente en la creciente desigualdad de la riqueza, las hostilidades raciales en todo el país y la violencia continua en diversos contextos sociales. Esta mala gestión ya no debe ser considerada como un intento ineficaz pero genuino de nuestros líderes para aliviar estos problemas. Ahora es ciertamente un esfuerzo deliberado para mantener estas condiciones en su lugar, para que puedan seguir extrayendo de ellas.

¿Existe el patriotismo?

La imaginación de Sudáfrica como un faro de esperanza y progresividad para que el mundo se maraville ha disminuido bajo el peso de los horrores derivados del capitalismo neoliberal, el heterosexismo, el racismo anti-negro, la queerofobia, el » capacitismo «, la xenofobia y otras formas sistémicas de opresión. No hace falta decir que hay muy poco para que nos sintamos patriotas en este momento. Sin embargo, si esta descripción resume en gran medida el aspecto del país

después del tiránico régimen del apartheid, cabe preguntarse si el patriotismo existió realmente alguna vez fuera de los momentos de celebración de los logros en los escenarios internacionales. Además, se hace más crucial preguntarse qué significa, para los colonizados especialmente, ser patriótico en un estado colonial.

En su mayor parte, esta cuestión, que no es nueva, se ha sentido menos complicada cuando se trata de descendientes africanos de esclavos que viven en colonias de colonos que no son sus hogares ancestrales. Se han visto afectados por el fenómeno psicológico, teorizado por W.E.B. Du Bois, conocido como «doble conciencia» – «este sentido de mirarse siempre a sí mismo a través de los ojos de los demás, de medir el alma por la cinta de un mundo que mira con divertido desprecio y lástima».

Sin embargo, no es tan sencillo de afrontar cuando los colonizados tienen una aparente hegemonía sobre el paisaje político y cultural.

Si el poder estructural no ha cambiado de manos y las instituciones coloniales no han sido totalmente eliminadas, entonces, ¿hacia qué se espera exactamente que seamos patriotas?

El nacionalismo es una confusión deliberada

En un artículo anterior escribí sobre la necesidad de cuestionar el marco del excepcionalismo sudafricano. Lo vemos sostenido en los odiosos ejemplos de chovinismo que nos hemos acostumbrado a ver. Y también lo vemos en los aparentemente inocentes mensajes patrocinados por el Estado que implican que debemos seguir siendo «orgullosamente sudafricanos». Este discurso nacionalista imperante ha tenido consecuencias desastrosas no sólo para los no nacionales sino también para los sudafricanos que no parecen sudafricanos (independientemente de lo que eso signifique). El objetivo del

artículo era conseguir que más de nosotros reconociéramos que este discurso nacionalista es uno de los resultados del propio proyecto de construcción de la nación.

La construcción de una Sudáfrica posdemocrática, a imagen y semejanza de la defensa del Estado-nación, no sólo ha sido peligrosa para los que no entran en las definiciones arbitrarias de la nacionalidad. También ha sido perjudicial para cualquiera que no forme parte de la clase dirigente de este país. Gente de todos los orígenes son engañados en la creencia de que como ciudadanos tenemos igual derecho a un orden social que sólo eleva a una minoría. Las respuestas negativas dirigidas a la familia de Enoch Mpienzi por su llamamiento a cerrar la tristemente célebre Escuela Secundaria para Muchachos de Parktown, llevaron a Naledi Mbaba a señalar con precisión que ser sudafricano significa «tener un falso sentido de solidaridad de clase con los blancos» con el fin de proteger «las instituciones que han construido (para ellos mismos)».

De la misma manera que la raza se convirtió en útil en la ofuscación de la conciencia de clase, una identidad nacional dentro de una democracia liberal se utiliza para lograr el mismo objetivo.

La mitología de la nación del arco iris no sólo ayudó a reducir las diferencias raciales en Sudáfrica a términos superficiales; la idea presentaba un punto de vista dentro del cual los intereses de clase de los anteriormente privados de derechos y los intereses de clase de la élite burguesa ya no estaban en conflicto, sino que se fusionaban en uno solo, para legitimar el estado capitalista. Cuando los sudafricanos negros de clase media forman un movimiento xenófobo en torno al deseo de que se les dé prioridad sobre los inmigrantes, representa una falta de reconocimiento de que ciertos sudafricanos ya están siendo colocados en primer lugar. Y seguirán siendo los primeros mientras las políticas que gobiernan nuestras vidas existan sólo para servir al capital

monopolista.

Una época de fascismo neocolonial

En el libro *How Britain Rules Africa*, George Padmore hace esta evaluación de Sudáfrica: «la unidad de la raza frente a la clase explica el amplio chovinismo racial que impregna todos los estratos de la población europea, y hace de la Unión el clásico Estado fascista del mundo». El escritor trinitario escribió extensamente sobre los mecanismos del «fascismo colonial» y cómo se manifiesta específicamente en los Estados coloniales colonos.

Ampliando sus opiniones, es importante que aceptemos el hecho de que estamos viviendo en una época de fascismo neocolonial, que no sólo aterroriza a las comunidades africanas y del sur de Asia, sino que se dirige a la población mayoritariamente negra y pobre de este país. Las innumerables escenas de violencia sancionada por el Estado -sobre los manifestantes de la clase trabajadora, o contra civiles tan poco amenazadores como los niños, o llevadas a cabo durante desalojos ilegales (¿qué son los desalojos legales cuando todos los bienes son robados?)- socavan toda noción de que Sudáfrica es una democracia.

El fascismo no se limita a los casos de represión, que de alguna manera no han dejado de convertirse en la norma después de que se desmanteló el apartheid constitucionalmente. Como el activista radical George Jackson escribió en *Blood In My Eye*, el fascismo también puede definirse por «cada reforma económica que perpetúa la hegemonía de la clase dirigente» y que intencionalmente «se disfraza como una ganancia positiva para las masas en ascenso». Las políticas neoliberales promulgadas por cada administración del CNA desde 1994 no han ofrecido ninguna diferencia material a la mayoría de los que vivían bajo el gobierno del Partido Nacional.

Unificar a la gente a través de líneas raciales sobre una base

nacional no sólo ha resultado en la perjudicial convivencia de los no nacionales, sino que nos ha aplacado para que no pensemos en cómo nuestras vidas están completamente al servicio del capital. Si no empezamos a ver los modos de vida generalmente aceptados – raza, nación, capital – como lo que realmente son, nunca podremos cambiar las condiciones que producen y que nos alejan de saber lo que significa pertenecer a una democracia.